

nos. Los ingleses, pocos en número, no debían sus éxitos más que á la asombrosa inercia de su adversario y á la falta de un jefe que reuniera y dirigiera todos los esfuerzos de los franceses; este jefe desconocido iba á presentarse en escena.

IV.—Las victorias de Juana de Arco (1)

Juana de Arco nació entre 1410 y 1412 (2) en Domremy, de una familia de labradores acomodados. La aldea de Domremy, situada en la frontera del Este, estaba dividida en dos partes por un pequeño arroyo, dependiente la una del prebostazgo champañés de Montclair-Andelot y perteneciente la otra al Barrois movente, feudo que desde los tiempos de Felipe el Hermoso dependía de la corona de Francia. ¿Cuál era la situación exacta de aquel arroyo? ¿Era su lecho en el siglo xv el mismo que en la actualidad? ¿Corría al Norte ó al Sur de la casa en donde nació Juana? Problema es éste que ha promovido apasionadas polémicas, y sin embargo es tanto más insignificante, cuanto que todos los habitantes de Domremy eran afectos á la causa de Carlos VII; aquellas poblaciones de la orilla izquierda del Mosa estaban agradecidas á los Valois, porque durante mucho tiempo las habían éstos protegido, al paso que en la margen derecha los señores loreneses guerreaban continuamente entre sí y asolaban las tierras. Juana de Arco no aprendió «ni A ni B,» pero su madre le hacía recitar el Padrenuestro, el Avemaría y el Credo; pasábase la niña largos ratos en la iglesia que junto á su casa estaba, y «mientras contemplaba el cuerpo de Jesucristo, lloraba abundantemente á lágrima viva.» Tenía especial devoción á Santa Catalina y á Santa Margarita: Santa Catalina era la patrona de una parroquia vecina de Domremy, y Juana tenía una hermana, á quien amaba entrañablemente, y que llevaba aquel nombre. De aquí que le gustara oír contar la historia de Catalina, virgen y mártir, que á la edad de diez y ocho años había confundido á los filósofos paganos más famosos. Recordaba asimismo la leyenda, célebre en aquella sazón, de la «doncellita» Margarita, la pastorcilla que había domado á los demonios y obligádoles á

(1) FUENTES.—Quicherat, *Procès de condamnation et de réhabilitation de Jeanne d'Arc, suivis de tous les documents historiques qu'on a pu réunir*, 1841-1849, cinco tomos; otros documentos publicados ó analizados por el mismo, «Revue historique,» tomos IV y XIX. *Chronique de Morosini*, editada por Dorez y Lefevre-Pontalis, tomo III, 1901.

OBRAS DE CONSULTA.—La *Bibliographie de Lanery d'Arc* (véase el párrafo anterior), ya anticuada, que contiene 2.120 números. Historias completas de Juana de Arco: Michelet (en su *Histoire de France*, libro X, cap. III); Wallón (edición ilustrada, 1876); Mario Sepet (nueva edición, 1896); Lowell, *Joan of Arc* (Boston, 1896, excelente), etc. Entre los trabajos de detalle más interesantes citaremos los de Quicherat, *Aperçus nouveaux sur l'histoire de Jeanne d'Arc*, 1850; S. Luce, *Jeanne d'Arc à Domremy*, 1886; Anatolio France, estudios publicados en «Revue de famille» (1889 á 1891), «Revue Illustrée» (1890), «Revue hebdomadaire» (1893), «Revue du Palais» (1897), «Revue de Paris» (1902), Germán Lefevre-Pontalis en «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1895; «Moyen age,» 1894-1895; comentario y anexos (en prensa) de la edición de Morosini. Véanse también los dos párrafos siguientes.

(2) La fecha generalmente admitida de 6 de enero de 1412 es más que dudosa. La misma Juana de Arco no sabía exactamente su edad.

implorar gracia. Juana encendía cirios ante las imágenes de aquellas santas que adornaban la iglesia, ó les llevaba coronas de flores. Desde su infancia aprendió seguramente también á venerar á San Miguel, patrono del Barrois, que lo era asimismo de los Valois; la figura del santo estaba pintada en los estandartes de Carlos VII, y es de creer que las hazañas de los gloriosos defensores del Mont-Saint-Michel, esos protegidos del arcángel, fueron narradas á Juana de Arco, puesto que eran conocidas de Francia entera.

Crecía Juana, y su espíritu, embelesado por las leyendas piadosas y heroicas, sentíase al mismo tiempo conturbado por los relatos terribles de las guerras de Francia que referían los viajeros. Domremy hallábase todavía al abrigo de la gran desolación, pero los ingleses se aproximaban y en 1421 se apoderaron de dos fortalezas de los alrededores. Al año siguiente los armagnacs devastaron el Barrois, y cuando el último ejército de Carlos VII fué destruido en Verneuil, los ingleses acabaron de someter la Champaña, y el país de Juana de Arco fué el único rincón de tierra que conservara aquel monarca al Este de su reino. En efecto, en Vaucouleurs, la plaza fuerte más próxima á Domremy, Roberto de Baudricourt, capitán armagnac, se defendía contra los borgoñones; pero los campesinos habían perdido toda seguridad. El padre de Juana tenía la misión de aprovisionar la casa encastillada de Domremy, adonde de cuando en cuando era preciso llevar todo el ganado de la aldea «por el temor que inspiraban las tropas,» precaución que no siempre daba buenos resultados. A mediados de 1425, una partida de borgoñones se apoderó del ganado de Domremy, y al mismo tiempo se supo que los ingleses acababan de incendiar Revigny, en el Barrois; pero llegó la consoladora noticia de que los defensores del Mont-Saint-Michel habían logrado capturar la flota enemiga.

Todos los días se recibían buenas ó malas nuevas que sucesivamente alegraban y entristecían á las gentes. Juana sentía profundamente esas emociones, y no cesaba de pedir á los santos y santas un remedio para los males de Francia. Muy pronto tuvo visiones, habiéndosele aparecido primeramente San Miguel. «Ante todo, decía más tarde, le recomendaba que fuese buena muchacha, pues Dios la ayudaría. Y entre otras cosas (decíale) que acudiera á socorrer al rey de Francia. Y el ángel le refería la compasión que inspiraba el reino de Francia.» Luego la guerra se calmó un tanto, y Juana dejó de tener visiones, pero se acordaba de las que había tenido y guardaba su secreto. Consagró su virginidad á Dios «en tanto le pluguiera,» y en ella se exaltaban á la vez la piedad hacia Francia duramente maltratada y el culto de la realeza humillada por el extranjero. Creía que el verdadero soberano de Francia era Dios, y que en representación de éste ocupaba el rey el trono, y veneraba á Carlos VII, vasallo de Dios, no habiendo conocido ni querido conocer jamás de él otra cosa que su piedad y sus desdichas.

La calma cesó á partir de 1428: las pequeñas plazas de los alrededores de Vaucouleurs cayeron una tras otra en poder de los ingleses, y los habitantes de Domremy se vieron obligados á huir y á refugiarse durante quince días dentro de las murallas de Neufchâteau. En el otoño túvose conocimiento del sitio de Orleans. Juana

de Arco tenía entonces frecuentes visiones; San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita se le aparecían bajo forma humana y en medio de una luz resplandeciente, y sus santas amadas se dejaban abrazar por ella y «olían bien» y le hablaban diciéndole que partiera para salvar á Francia. Juana escuchaba con terror al par que con delicia aquellas voces de su conciencia, y vivía en un sueño magnífico y terrible, rodeada de los seres celestiales que surgían evocados por las emociones de su alma; pero lo que había aún en ella de humana debilidad se resistía al llamamiento, y la idea de abandonar su aldea para ir á vivir entre guerreros la turbaba. ¿Era posible que fuese ella llamada á libertar el reino? Sin embargo, sabía que Dios se sirve de los instrumentos más humildes (1).

Poco á poco cesaba en ella la resistencia á aquellas voces interiores, cada vez más imperiosas: las santas concretaban ya sus órdenes y le decían que fuese á pedir al capitán de Vaucouleurs gente armada que la acompañara. En los primeros días de 1429 (2), en el momento en que los ingleses comenzaban á construir sus fortalezas alrededor de Orleans, partió Juana para Vaucouleurs, vestida con su traje de campesina, y fuése á encontrar á Baudricourt, anunciándole que iba de parte de su Señor para llevar al «delfín» á Reims y hacerle consagrar en esa ciudad. Para ella, en efecto, Carlos VII no era sino el delfín, puesto que todavía no había recibido el sacramento de la realeza. La brusca acogida y las bromas groseras del capitán no la desconcertaron: «Aunque hubiera de ir de rodillas á encontrar al delfín, iría.» Baudricourt se preguntaba si era Dios ó el diablo el que inspiraba á la muchacha.

Sin embargo, la persona de Juana nada tenía de extraña: no ha llegado hasta nosotros ningún retrato suyo digno de confianza, pero por el testimonio de los que la conocieron sabemos que era una joven robusta, de cabello castaño y hermoso busto (3). En ella se unían el encanto femenino y el vigor; hablaba con verbosidad maliciosa y gran viveza y para todo tenía respuesta; carecía de la sombría rudeza de una Santa Catalina de Sena y de las místicas languideces abrasadas por el amor divino, y en los arranques que la elevaban de la tierra al cielo, conservaba un sólido buen sentido y un exquisito sentimiento de la realidad. Estas cualidades

(1) ¿Tuvo noticia Juana de Arco en Domremy de ciertas profecías que anunciaban la venida de una doncella libertadora? Un testigo del proceso de rehabilitación afirma que sí. De todos modos, la predicción atribuida á Merlín tiene toda la apariencia de haber sido arreglada á posteriori en el momento de la llegada de Juana de Arco á Chinón. No puede afirmarse tampoco que participara de las supersticiones populares de su país, puesto que lo negó en distintas ocasiones. Las circunstancias que determinaron su vocación permanecerán siempre envueltas en parte en el misterio. Respecto de las profecías, de las hadas y de la mandrágora, véase *Procès*, tomo I, págs. 67-68, 212-213; tomo II, pág. 447; tomo III, págs. 83-84.

(2) M. Lowell, en su excelente *Histoire de Jeanne d'Arc*, páginas 39-40, ha demostrado, en mi concepto perfectamente, que Juana no había estado anteriormente, en mayo de 1428, en Vaucouleurs.

(3) ¿Tenía Juana de Arco una salud perfectamente equilibrada? «Ignoró siempre las miserias físicas de la mujer,» dice Michelet. No afirmaremos nosotros tan rotundamente, pues el testimonio que acerca de este punto tenemos no es más que un «oído decir» declarado por el escudero Juan de Aulón en el Proceso de la rehabilitación (*Procès*, tomo III, pág. 219).

debían hacer que tranquilizara á la vez que asombrara á aquellos á quienes declaraba que era una enviada de Dios.

Pero Baudricourt no la creyó por sólo su palabra, sino que la hizo exorcizar por el párroco de Vaucouleurs; y una vez tranquilo por este lado, y alarmado, por otra parte, ante la proximidad de los ingleses, dejése arrastrar por la confianza popular que Juana había conquistado merced á su propia fe en su destino. Los habitantes de Vaucouleurs acudieron con su óbolo para ofrecer á Juana un equipo y un caballo; Baudricourt le dió una



Juana de Arco  
(De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

espada y cartas de crédito, y con todo ello partió la joven para Turena, en 13 de febrero de 1429 (4), acompañada de seis guerreros.

Después de diez días de peligroso viaje, llegó Juana á Chinón, en donde Carlos VII residía. La noticia de su llegada á Turena se había propagado á la corte sin causar en ésta gran asombro: los antepasados de Carlos habían recibido varias veces la visita de visionarias que iban á comunicarles sus secretos, y por esto mirábase con prevención brujas y sortilegios. El rey, que era aún más desconfiado que Baudricourt, mandó que durante dos días Juana fuese sometida á observación, interrogada y vigilada; pero no habiéndose visto en ella nada sospechoso, Carlos consintió en recibirla.

La joven fué introducida en palacio de noche, á la luz de cincuenta antorchas; iba vestida de hombre, y el conde de Vendôme la acompañaba. En seguida reconoció al rey, cuyas facciones y cuyo porte se había sin duda hecho describir muchas veces, y acercándose directamente á él hablóle en secreto (5). Carlos se con-

(4) Fecha fijada por M. de Boismarmin, «Bulletin du Comité des Travaux historiques et scientifiques,» 1892, pág. 350.

(5) Respecto de esta conversación secreta con Carlos VII no tenemos más que un testimonio de primera mano, el de la propia Doncella, y este testimonio es muy misterioso: «Habuit rex suos signum de factis suis, priusquam vellet ei credere.—Su rey, antes de consentir en darle crédito, tuvo una muestra de su hecho.» (*Procès*, tomo I, pág. 75.) Juana nunca quiso decir más delante de sus jueces de Ruán y los relatos contemporáneos no son más explícitos. Y aún no se sabe positivamente que aquella muestra fuese proporcionada por Juana la primera vez que vió al rey. Más ade-

movió, pero desconfiando todavía, envió á unos franciscanos á Domremy para que practicasen una información, y Juana hubo de someterse á nuevos interrogatorios, no sin gran impaciencia, porque había de libertar á Orleans y ya era tiempo de obrar. Para acabar de una vez, lleváronla á Poitiers, en donde se encontraban los teólogos del partido armagnac, y durante otras dos semanas hubo de contestar á las preguntas, á menudo absurdas, de los doctores á quienes en más de una ocasión desconcertó con la aspereza de sus contestaciones. Habiéndole preguntado el monje Seguin, en su patuá lemosino, qué idioma hablaban Santa Catalina y Santa Margarita, le respondió: «¡Mejor que el vuestro!» Varias comadres la examinaron y declararon su virginidad, lo cual era una prueba de que no tenía trato alguno con el diablo. Los doctores, en conclusión, afirmaron que en ella sólo encontraban «bien, humildad, virginidad, devoción, honestidad y sencillez.»

Juana consiguió al fin que el rey le diera una armadura y compañeros de armas: los que luchaban valerosamente en las fronteras, La Hire, Saintrailles, Bueil, Ambrosio de Loré y el señor de Riáis, ofreciéronse á ir con ella; un príncipe de la sangre, el joven duque de Alençon, abandonó por ella su ociosidad y Juana entabló amistad guerrera con el *gentil duque*. Reunióse en Blois un ejército de algunos miles de hombres para marchar sobre Orleans, y Juana de Arco hizo que le dieran una bandera blanca en la que se veía la imagen de Dios bendiciendo las flores de lis, y se leía la divisa grata á los franciscanos: *Jesús, María*. La lucha que iba á comenzar era una especie de guerra santa.

Pero ante todo quiso Juana anunciar á los ingleses que sitiaban Orleans la misión que le había sido encomendada, y á este efecto dictó una carta que fué entregada á aquéllos por un heraldo: «Entregad á la Doncella, aquí enviada por Dios, rey de los cielos, las llaves de todas las buenas ciudades que habéis tomado y violado en Francia... He venido aquí de parte de Dios, el rey del cielo, cuerpo á cuerpo, para arrojaros fuera de toda Francia.»

Los ingleses le respondieron con insultos y continua-

lante, naturalmente, los testimonios son más numerosos, y á medida que, por razón de su mismo origen, merecen menos crédito, se observa en ellos mayor claridad y precisión. Es este un ejemplo característico del modo como se formó, desde el siglo xv, la leyenda de Juana de Arco. Puede admitirse, sin embargo, como verosímil la versión del limosnero de Juana de Arco, el cual prestó en el Proceso de rehabilitación, en 1456, la declaración siguiente: «*Te digo de parte del Señor que eres el verdadero heredero de Francia é hijo del rey*» (estas palabras están consignadas en francés en medio del texto latino de la declaración) «y me envía á tí para llevarte á Reims á fin de que recibas allí tu coronación y tu consagración, si quieres.» Habiendo oído esto, el rey dijo á los que le rodeaban que Juana le había comunicado ciertos secretos que nadie sabía ni podía saber, sino Dios; por esto tenía en ella gran confianza.» (*Procs*, tomo III, pág. 103.) Juana de Arco tenía noticia de la existencia culpable de Isabel de Baviera, y seguramente había soñado varias veces y había tratado con sus voces de la duda que torturaba el alma de Carlos VII: ¿era realmente hijo de Carlos VI? Puede creerse que quiso, desde su primera entrevista con el rey, afirmarle, en nombre de sus Santos y del Señor, que era el heredero legítimo del trono: la alegría manifestada por el monarca inspiró naturalmente á Juana de Arco la idea de que le había dado una muestra de su misión. En cuanto á la intencionada obscuridad de sus respuestas en Reims, se explica perfectamente porque la Doncella jamás quiso aludir á su rey delante de sus jueces.

ron sus obras de sitio. Los orleaneses sólo por casualidad recibían algunos convoyes de víveres.

El ejército de socorro salió de Blois el 24 de abril de 1429, entonando el *Veni Creator*: Juana de Arco, á caballo, abría la marcha; sus compañeros no tenían todavía gran confianza en ella y con ella iban, dice el comentarista del *Mozabete*, «para ver lo que sucedería y hacer la prueba, pues la cosa parecía extraña bajo todos conceptos.» La Doncella quería que la llevaran directamente donde estaban «Talbot y los ingleses;» pero para ello habría sido preciso acercarse á Orleans por la orilla derecha del Loira, atravesando la línea de baluartes que cerraba el camino de Blois, al Norte del río y al Oeste de la ciudad. Los capitanes de Carlos VII consideraron, pues, más prudente caminar por la orilla izquierda hasta dos leguas más allá de Orleans, con el propósito de pasar el río más arriba de la fortaleza de San Lupo y, describiendo luego un semicírculo, llegar á Orleans por el boquete que los ingleses habían dejado entre aquella fortaleza y la de París. Pero resultó que Juana, con su valor ingenuo, tenía razón, pues las aguas venían demasiado altas y fué imposible tender el puente necesario para el paso de los soldados; en vista de lo cual el grueso del ejército hubo de regresar á Blois, y Juana atravesó el Loira en lancha con doscientos lanceros, pudiendo entrar de noche en Orleans (29 de abril de 1429).

Allí, como en Chinón y como en Poitiers, la Doncella se conquistó inmediatamente el corazón del pueblo: los orleaneses, escribe un testigo ocular, «sentíanse reanimados y libertados del sitio por la virtud divina que, según les habían dicho, tenía aquella sencilla doncella, á la que miraban muy afectuosamente lo mismo hombres que mujeres y niños.» En aquella fe que inspiraba estaba el secreto de su poder. Algunos han supuesto que era una estratégica, conocedora del arte de la guerra sin haberlo aprendido nunca; pero su mérito no estuvo en esto, sino en haber tenido confianza y en haberla devuelto á los que ya no luchaban más que como desesperados. Los ingleses comprendieron inmediatamente que era temible: aquellos guerreros orgullosos, bien alimentados, bien vestidos y bien pagados, que habían conquistado media Francia, se exasperaron con la idea de que una mujer pretendiera hacerles retroceder. A una nueva carta de la Doncella contestaron que quemarían á aquella hembra impúdica y que lo mejor que ésta podía hacer era volverse á guardar sus vacas.

Por fin, en 4 de mayo, volvió de Blois el ejército de socorro con un convoy de víveres. Los ingleses permanecían inmóviles en sus fortalezas, poniéndose entonces de manifiesto los defectos de su sistema de cerco: «Las fortalezas están separadas una de otra y no se pueden socorrer, escribía uno de los compañeros de Juana de Arco, Juan de Bueil, y creo que dondequiera que hayan sido construídas, han aprovechado más á los enemigos que á los que las levantaron.» Y efectivamente, en cuatro días fueron los ingleses desalojados de sus principales fuertes por los orleaneses y por las tropas reales, á las que acompañaba la Doncella, llevando en la mano su estandarte. El 4 de mayo fué tomado por asalto San Lupo; el 6 San Agustín; el 7 los «capitanes y jefes de guerra» de Orleans querían descansar y esperar la llegada de refuerzos antes de intentar el asalto de

la fortaleza de las Torrecillas, más fortificada que las otras, pero la Doncella les arrastró al combate: aquella jornada fué la decisiva; en ella resultaron irresistibles el valor y el ascendiente de Juana de Arco y quedaron quebrantados el orgullo y la seguridad de los ingleses. En lo fuerte del combate, Juana, herida por un dardo que le atravesó la espalda, tuvo un momento de debilidad, pues creyó que se moría y se echó á llorar; pero con sus oraciones triunfó de sí misma, y á pesar de su grave herida avanzó hasta el baluarte, y tocando con su bandera el borde de éste, gritó á sus compañeros: «¡Todo es vuestro, entrad!» Y en efecto, entraron y la fortaleza fué tomada. Ilustres capitanes franceses, añade el cronista Cousinot de Montreuil, «nos dijeron y afirmaron que después que Juana hubo pronunciado las refe-

no la habían engañado y que era la elegida por Dios para devolver la paz al reino de Francia. Gustábale la compañía de los guerreros y le agradaban los vestidos relucientes y las armas hermosas. Un mes después de la liberación de Orleans, escribía Guido de Laval: «Fuí á verla en su hospedaje; mandó traer vino y me dijo que pronto me lo haría beber en París. Y parece cosa enteramente divina oír y escucharla.» Todos aquellos jóvenes nobles querían entonces combatir, armar tropas á sus costas y empeñar, si era preciso, sus tierras para el servicio del rey; y sin embargo, Juana no toleraba en su ejército intemperancias, saqueos ni blasfemias. Pero después de tantos años de desórdenes y de anarquía, experimentaban las gentes cierta dulzura dejándose gobernar por aquella joven.



Retrato de Juana de Arco, dibujado á la pluma por el escribano del Parlamento de París

«Un día y otro día fué reportado y dit a Paris publicquement que d'un costé apres plusieurs assautz continuellement entretenus par force d'armes estoient glacial et aults capitaines et gens d'armes anglois de par le roy auct la et que ce jour les autres capitaines et gens d'armes tenans le siege et estoient parz icelles bastides et auoient leu leur siege pour aler combattre les ennemis qui auoient en leur compaigne vne pucelle seuse»

ridas palabras, treparon por el baluarte, tan fácilmente como si subieran por una escalera.» Todos los ingleses acampados al Sur del Loira fueron muertos ó hechos prisioneros ó perecieron ahogados. En lo sucesivo, la ciudad podía ser abastecida; y en 8 de mayo de 1429 los ingleses emprendieron la retirada.

El hecho de que los ingleses levantarán el sitio de Orleans tuvo una resonancia extraordinaria: en toda Francia y aún más allá de las fronteras (1) celebráronse procesiones, se encendieron hogueras y los rimadores escribieron canciones para vergüenza de los ingleses. En el remoto Delfinado se repetían esas invectivas:

«¡Atrás, ingleses rabudos (2), atrás!  
¡Ojalá tengáis gota y arenillas  
Y el cuello cortado á cercén!»

El viejo Gerson y el obispo de Embrún, Jacobo Gelu, escribían tratados sobre la misión divina de Juana de Arco, y de la imaginación popular brotaron inmediatamente leyendas de toda clase acerca del nacimiento y de los primeros años de la Doncella, de las cuales hacía ya eco Perceval de Boulainvilliers en una carta escrita en 21 de junio al duque de Milán. El día 2 de junio un capitular de Tolosa, en medio de una discusión sobre las mutaciones de las monedas, manifestó la opinión de que era preciso consultar con Juana la manera de remediar esta calamidad (3).

Juana sentíase enajenada pensando que sus santas

(1) Por ejemplo, en Brignoles («Bulletin du Comité des travaux historiques,» 1893, pág. 175).

(2) Véase más adelante, pág. 651, nota 1.

(3) Ant. Thomas, *Jeanne d'Arc et les capitouls de Toulouse*, «Annales du Midi,» 1889, págs. 235-236.

Carlos VII no podía mostrarse indiferente en medio de tanto entusiasmo, así es que colmó de honores á la libertadora de Orleans; mas, á pesar de todo, manteníase indiferente y falto de esperanza hasta el punto de que ni siquiera fué á ver á los orleaneses. Los que en aquel entonces tenían más ascendiente sobre él, La Tremoille y el arzobispo de Reims, Reinaldo de Chartres, mostrábanse inquietos é irritados, pues comprendían que su fortuna podía hundirse en aquella grande é irresistible corriente popular que ya había derribado las fortalezas inglesas, y por esta razón se esforzaban hipócritamente en disimular los éxitos de la Doncella. En 22 de mayo enviáronse á los habitantes de Tournai cartas reales dando cuenta de la liberación de Orleans, y en ellas no se mencionaba á Juana hasta el final, en la siguiente frase: «Y en los diez combates ha estado siempre la Doncella, la cual ha venido á nosotros.»

Sin embargo, todas esas intrigas no podían disminuir la gloria de Juana de Arco ni el maravilloso efecto de su presencia en el ejército. Uno de los soldados de Falstaff, el cronista Wavrin, refiere que los ingleses estaban «muy deseosos de retirarse á las fronteras de Normandía, abandonando todo lo que poseían en la Isla de Francia y en sus alrededores.» Y Bedford, en una carta dirigida más adelante á Enrique VI, explicará aquel pánico en los siguientes términos: «El motivo del desastre, en mi concepto, estriba en gran parte en las locas ideas y en el miedo absurdo inspirados por un discípulo y espía del diablo, llamado la Doncella, que se ha valido de falsos encantamientos y de brujería (4).»

(4) El texto inglés en Rymer, *Fœdera*, edición de la Haya, tomo IV, 4.ª parte, pág. 141. Esa carta, cuya fecha está equivocada en Rymer, fué escrita en 1434.